

# Productos de la tierra

---

---

Lo son, desde luego, las uvas de Piédrola, los melones chinos, el yeso de los Anchos y la harina de titos, como ejemplos de cosas de producción masiva. «a pasto». Pero la tierra da otras muchas cosas exquisitas, aunque no sea en cantidad para vender. En cualquier rincón hay un frutal con peras, albaricoques o melocotones, que le da ciento y raya a los de Levante o Aragón; tomates, pepinos y pimientos morrones que no envidian a los de la Rioja, pues lo que aquí sale fino no admite comparación y finas donde las haya han sido en Alcázar muchas mujeres, según se ha tratado de recordar en los cuadernos anteriores y una de las más singulares por sí misma y por su descendencia fué la Rosa la pastelera, recientemente fallecida, viuda de Gregorio Rubio Escribano. Ambos tuvieron unos principios apuradillos, por quedarse sin padre en temprana edad. Gregorio sin padre y sin madre, pasando a vivir con su tío Ambrosio, el del boquete, donde aprendió el oficio de chocolatero, y la Rosa sin madre, a los 14 años y con tres hermanos pequeños y su padre, Celestino, viudo ya por segunda vez.

El matrimonio inició su vida teniendo él dos pesetas de jornal en el molino de Ambrosio, lo que les indujo a establecerse para vivir por su cuenta y tratar de mejorar su posición, decisión siempre plausible y propia de personas que confían en sí mismas, a la cual no sería agena la Rosa, pues no hay que olvidar el antecedente de su hermano Angel, el fundador de los actuales Talleres Alarcos, saliéndose de la Estación para trabajar independientemente, cuando todo el mundo se mataba por entrar en la Compañía, rasgo este que ya se celebró como merece en uno de los cuadernos anteriores y que coloca al Angel entre los hombres meritorios de la ciudad, pues el arranque aquel no estaba falto de fundamento, ya que fué un gran mecánico y tornero de primera.

Y así se inició la pastelería de la Rosa, al montar Gregorio su molino de chocolate, pero como siempre estaba delicado, falleció, al fin, y quedó la Rosa con los chicos—Demófilo, la Filadelfia y la Esmeralda—que han llevado el negocio a la excelente situación de todos conocida.

¿No os llama la atención la sencillez, la naturalidad, la fidelidad a las más puras costumbres alcazareñas con que se mantienen esas muchachas? ¡Porque son únicas! ¿No habeis observado el realce que dan con ello a los artículos de su especial fabricación? Allí se procuró la calidad, y las hijas del ama pregonan con su porte honesto, limpio y austero, hasta qué punto se mantienen en la casa el respeto a la pureza de los principios; siempre lo mejor, sin escatimar el trabajo para lograrlo y después entregarlo sin artificios, llanamente, con esa satisfacción íntima de dar lo que no puede decepcionar y hará recordar con gusto la mano que lo sirvió.

Y ¡lo que son las flaquezas humanas y su repercusión insospechada! La Rosa que necesitó y tuvo tan buen temple, que dió un ejemplo admirable y mantuvo su industria en el más alto nivel, tembló ante la muerte, que es lo más natural de la vida, y dejó previsto que no la enterrarán hasta las cuarenta y ocho horas de morir, a imitación de Manzaneque, seguramente por aquello de que cuando don Manuel lo hizo, por algo lo haría. Es un ejemplo de la influencia del médico hasta en las personas de más ánimo y de lo mucho que debe mirar lo que hace, aún fuera de su actuación profesional.

